

## ENSAYO

# DEL PRINCIPIO DEL PLACER

(Rev GPU 2017; 13; 2: 144-145)

Hernán Villarino

Dejando a un lado la gazmoñería, pareciera que es muy simple aceptar en la psicología la realidad de un principio como el del placer, cualquiera sea la formulación con que se lo justifique, porque se trata de una verdad evidente que no necesita de más pruebas. No obstante, ¿qué es lo que este principio realmente significa o pudiera significar? Por lo pronto, un principio es lo principal, no una causa (ya el concepto de causa es lo suficientemente enrevesado como para aumentar el riesgo de confusión mezclándolo con el de principio). La causa está antes, es lo anterior en el tiempo, y se cumple en un determinado efecto; el principio, en cambio, es una condición que está antes, durante y después.

Ahora bien, si lo que se quiere decir con aquel principio es que lo que buscamos siempre y en todos los momentos de la vida es el placer, que todas nuestras acciones y facultades lo demandan permanentemente, entonces el placer realmente es un término. La vida tendría una finalidad: el placer, que sería su causa final. Pero así, desde luego que el placer no es ningún principio, y con esas premisas es injustificable como tal.

Si el placer fuera lo que se busca, si es un fin, entonces ahora no se lo tiene. En lo que yo hago y en lo que pienso de modo efectivo el placer no está actuando porque lo que hago es buscarlo, y si lo busco es porque no lo tengo. Claro que si no lo tengo y lo busco bien pude ser que no lo encuentre (para el budismo, dice César Ojeda, buscar el placer es involucrarse en las redes del sufrimiento). Podría, analógicamente, hablarse de un principio del conocimiento, en el sentido de que el conocimiento es lo que se busca. Ahora bien, muchas vidas, después de darle largas vueltas a este asunto, concluyen en el escepticismo, es decir, recono-

cen que nuestro pretendido conocimiento es ilusorio y que en realidad no conocemos nada. Del mismo modo, una vida dedicada a la búsqueda del placer puede no encontrarlo y concluir que su pretensión es engañosa y siempre condenada al fracaso, de modo que si esa vida no ha disfrutado nunca del placer que anhela ¿cómo podría un placer nunca experimentado, como el conocimiento nunca conocido del escéptico, ser el principio real de esa vida? Una causa puede marrar, pero, ¿cómo podría fallar un principio?

Si bien es concebible el placer como causa final (pero de un modo impropio, porque es absurdo considerar que lo que va a ser pero no es como causa de algo), si bien es impropriamente concebible el placer como causa final, decíamos, como acabamos de ver, eso no garantiza su logro, de modo que no es ningún principio; en cambio, el placer como causa eficiente es completamente inconcebible. Entenderlo de este modo supone que es actual y real, que es lo que mueve, y que todo lo que yo hago está determinado no por el deseo del placer, sino por un placer ya existente. Pero es evidente que el placer es lo buscado, de modo que si está de algún modo es en potencia, no en acto, pero una causa eficiente tiene que estar en acto; caso contrario carece de toda eficiencia. Por lo demás, si el placer fuera causa eficiente no podríamos sentir displacer en ningún instante de la vida, lo cual contradice a la experiencia.

Las consideraciones anteriores nos ponen en un callejón sin salida, pero seguramente porque hemos empezado por el techo y no por los cimientos. La primera pregunta de una indagación como esta es la de qué debemos entender por placer, después ya veríamos si es un principio, una causa, un fin, una sustancia, un accidente o alguna otra cosa.

Se define el picor como esa sensación que invita al rascado y quizá del placer solo podamos decir que es aquel sentimiento que invita a su reiteración. Pero qué duda cabe que ninguna experiencia real es repetible, porque siempre es particular, de modo que podrá asemejarse a otra, pero nunca puede ser idéntica con ella. En todo caso, si del placer se afirmara que lo que busca es la repetición, entonces está sujeto y condicionado por la memoria y se constituye como un hábito; pero así no es ningún principio porque él mismo se sostiene en las otras dos instancias mentadas. Por lo demás, si el placer es realmente particular y no reiterable, cuando hablo de él en general no me comporto como un viviente que conoce el placer viviente, sino como un lógico que abstrae lo temporal y contingente que el placer contiene (y que constituye toda su sustancia) para transformarlo en un concepto o una idea. ¿Pero es eso posible? Por lo pronto, a diferencia de lo que ocurre con los objetos de la conciencia donde son legítimos los conceptos (nadie discute lo que es un círculo o un cuadrado) no hay una comunicación del placer (lo que a mí me place no por eso le place al otro), no hay una continuidad del placer (lo que hoy me place mañana me disgusta), ni tampoco hay una verdadera comunidad del placer (porque yo no sé qué siente exactamente el otro cuando dice que siente placer). Entonces, ¿cómo hacer de él un concepto?

Si las cuestiones anteriores fueran atendibles estaríamos en una situación muy parecida a la que encaró Wittgenstein, quien primeramente alcanzó una concepción unitaria y completa del lenguaje, aunque al precio de dejar fuera de él, como sinsentido, la mayor parte de la experiencia lingüística humana. Como no se empeñó en reducir la realidad a su propio esquema mental, el segundo Wittgenstein giró en 180° y validó todos los usos del lenguaje que había condenado en su anterior propuesta, pero en cambio sacrificó su unidad e inteligibilidad. Si la primera aproximación de Wittgenstein era radical y exclusivamente lógica, en la segunda concibió el lenguaje como una caja de herramientas, es decir, de un modo radicalmente pragmático. El lenguaje,

ahora, no es significativo por su mera estructura lógica, sino por el juego en el que se está jugando. Lo que tiene sentido para hablar de fútbol no lo tiene para hablar de física, pero el lenguaje del fútbol y de la física tienen sentido en su propio ámbito. Ambos son prácticas humanas inteligibles y comunicables, aunque no tengan nada que ver entre ellas. Pero aparte de los usos de los que dimana, el lenguaje carece de sentido, de modo que no significa nada hablar del spin del arquero o de la indeterminación cuántica de un gol. Las reglas lógicas del lenguaje en general no existen, o no las conocemos, lo que hay son lenguajes asociados con los usos y las prácticas, es decir, con lo que Husserl llamara el mundo de la vida. (Por eso, el estructuralismo en general, para el que todo es lenguaje, o la frase estructuralista: “el inconsciente está constituido como un lenguaje”, desde el punto de vista de Wittgenstein son un absurdo).

Cabe preguntarse si hablar de un principio del placer como de muchos otros términos que todavía usamos no se corresponderá con una época pre-wittgensteiniana en que la psicología se asimilaba con las ciencias naturales, porque hablar de un placer intelectual, por ejemplo, no tiene nada que ver con hablar del placer de pasear en un día soleado después de un invierno riguroso, que cae en otro juego de lenguaje. Como los usos y prácticas no son homogéneos, el término placer empleado en esos dos casos, aunque sea el mismo, no tiene un sentido general sino propio en cada determinado juego de lenguaje. Ni hay un placer ni menos un principio del placer, lo que hay son muchos placeres irreductibles unos a otros.

La reflexión de Wittgenstein tiene la extraordinaria virtud de disolver fantasmas y quimeras verbales, aunque tampoco esté exenta de crítica. En todo caso, a nuestro entender, la razón última para rechazar un principio del placer, o cualquier otro principio en lo relativo a la vida humana, es que el hombre es libre, de modo que los únicos principios operantes para su vida son los que él mismo pone. Sería contradictorio, entonces, que estuviera constituido, determinado o causado por cuestiones psicológicas.